



ROGER
LANCELYN
GREEN
EL LIBRO
DE LOS
DRAGONES

Una maravillosa selección de los mejores relatos de dragones desde los tiempos de la antigua Grecia hasta el presente, escogidos por uno de los narradores más importantes de nuestro tiempo.

Con el rigor y la pasión característicos de su obra, Roger Lancelyn Green nos ofrece en este volumen una recopilación de historias protagonizadas por dragones, esos enigmáticos y ancestrales seres mitológicos que han fascinado e inspirado las leyendas más emocionantes y aterradoras a lo largo de siglos.

El recorrido comienza en la Antigüedad, pasa por el Medioevo y, sin dejar de lado la riqueza creativa que emana del folclore popular, llega hasta tiempos más recientes de la mano de autores como Tolkien, Lewis Carroll y Edith Nesbit.

En *El libro de los dragones* encontraremos osados caballeros, cavernas tenebrosas, tesoros celosamente custodiados y otras criaturas tan sorprendentes como los propios dragones. Un libro imprescindible para ávidos lectores de todas las edades.

Índice de contenido

Introducción

Primera parte: Dragones de la Edad Antigua

Jasón y el dragón de la Cólquide

El canto de Orfeo para embelesar al dragón, según la versión de ANDREW LANG

El muchacho y el dragón

El dragón de Macedonia

El zorro y el dragón

El dragón y el campesino

El huevo del dragón

Dragones y elefantes

Segunda Parte: Dragones del Medievo

Sigfrido, el matadragones

Beowulf y el dragón

Ragnar, sus calzas peludas y los dragones

Una de las aventuras de Digenís, el guardián de la frontera

El dragón rojo de Gales

El caballero Tristán en Irlanda

El caballero Lanzarote y el dragón, de SIR THOMAS MALORY

San Jorge y el dragón

La función de los pantomimos

El dragón del caballero Juan de Mandeville, de JUAN DE OUTREMEUSE

Los dragones de Rodas, Lucerna y Somerset

Tercera parte: Dragones del folclore tradicional

El reptil repugnante, según JOSEPH JACOBS

El reptil de los Lambton, según JOSEPH JACOBS

El muchacho y su novillo, según JOSEPH JACOBS

El dragón y su abuela, según la versión de MAY SEL-
LLAR del cuento de los hermanos GRIMM

El dragón del norte

Maese Ratero y el dragón

Stan Bolovan y el dragón

El príncipe y el dragón

El gallo y el dragón

Los dragones chinos

Cuarta parte: Dragones de tiempos más recientes

El caballero de la Cruz Roja y el dragón, de EDMUND
SPENSER

El pastor de las Montañas Gigantes, de M. B. SMED-
LEY, un relato inspirado en Fouqué

El Galimatazo, de LEWIS CARROLL

La dama Dragonisa, de ANDREW LANG

El dragón de fuego, de EDITH NESBIT

El dragón en el escondite, de G. K. CHESTERTON

Conrad y el dragón, de L. P. HARTLEY

El tesoro, de J. R. R. TOLKIEN

Habla el dragón, de C. S. LEWIS

Epílogo

Notas sobre las fuentes

Agradecimientos

Sobre el autor

Dedicado a J. R. R. Tolkien

Hablábamos sobre dragones, Tolkien y yo, en un bar de Berkshire. El jornalero grandullón, sentado en silencio y fumando de su pipa toda la noche, con un brillo en los ojos, alzó la mirada desde su jarra vacía: «¡Yo los he visto!», dijo con fiereza.

C. S. LEWIS

Un lago, una barca encantada
y navegar bajo el claro de luna,
felices en aguas de esta laguna
¡huimos de dragones y de sus
miradas!

THOMAS HOOD

Introducción

¿Qué es un dragón? Esta era la pregunta que solían plantearme hace muchos años, en aquel breve periodo en que estuve dando clases de primaria durante la guerra, cuando contaba las historias de Beowulf, de Sigfrido o los argonautas, y como respuesta se me ocurrió inventarme un pequeño relato.

«En los días remotos y gloriosos, bienamados tiempos aquellos», no había zoos a los que pudiese acudir quien deseara ver qué aspecto tenían los animales de otras tierras. Tampoco había fotografías, y a los viajeros que habían visto leones, tigres y cocodrilos con sus propios ojos tampoco se les solía dar muy bien el dibujo. Ellos describían el aspecto que tenía un leopardo, por ejemplo, y entonces llegaba un artista y dibujaba tres leopardos para el estandarte de la corona; y los pintores que hacían los carteles de las posadas y las tabernas intentaban volver a convertir aquellos seres heráldicos en animales que resultaran naturales, pero sus leopardos tenían mucha más pinta de gatos, y el gesto del rugido feroz del leopardo se tomaba muy fácilmente por una sonrisa..., al menos en Chesire, sin la menor duda (y a buen seguro en Brimstage, cerca de mi casa, donde hay una talla medieval de la cabeza de un gato con una evidente sonrisa que, tal vez, pretendiera ser un leopardo rugiendo).

Pues bien, un viajero regresaba a casa desde Oriente y empezaba a contar historias sobre lo que había visto. «Vi una gran criatura, como un gato salvaje, pero cien veces más grande. Tenía enormes garras blancas lo bastante afila-

das como para despedazarte, grandes ojos como si estuvieran en llamas, y dientes largos y afilados. Ahora bien, oí hablar de una criatura con unos dientes mucho peores: vivía en una caverna junto al Nilo, y era como un lagarto, pero no menos de doscientas veces más grande. Tenía unas fauces inmensas, de varios metros, capaces de levantar la mandíbula superior tanto como para poder tragarse a un hombre, aunque no le hacía falta, porque sus dientes estaban afilados como una sierra en la mandíbula superior y en la inferior [...]. Y conocí a un hombre que me habló de unas serpientes de la India de quince metros de largo capaces de tragarse un buey de un bocado: decía que estaban cubiertas de escamas, aunque no tan duras como las del cocodrilo de Egipto [...]. Y algunas serpientes se pueden quedar mirando a un pájaro —o a un hombre, me imagino— y cautivarlo para que no solo no pueda huir, sino que se acerque a ellas tranquilamente, igual que hacen las víboras en nuestro país con algunos pájaros, que los dejan fascinados, o como los armiños cazan conejos [...]. Ah, y dicen que hay serpientes que echan una ponzoña por la boca, tan venenosa que quema como un fuego líquido [...]. Y cuentan de algunas aves de aquellas tierras lejanas que son lo bastante grandes y fuertes como para llevarse a una oveja adulta por los aires: he oído decir que pueden incluso con una vaca [...]. Algunos cuentan que hay aves con el pico de un águila y el cuerpo de un león: a estos los llaman "grifos". Yo nunca he visto uno, pero un caballero cruzado al que conocí había visto su figura esculpida en unas tallas en Grecia, y eran enormes».

La gente que tan solo ha oído una descripción como esta de leones, cocodrilos, serpientes pitón, cobras, águilas, así como de las esfinges y los grifos tallados del tesoro de Naxos en Delfos no consigue hacerse una idea muy clara del auténtico aspecto que tenían todas estas criaturas. Y bien pudo ser que algunos de ellos se hicieran un lío cuando quisieron contar lo que habían oído:

Conozco a un hombre que peregrinó a Jerusalén y vio las criaturas más asombrosas de Oriente. Había una como un león, pero con alas, y otra como una serpiente enorme, pero con grandes fauces armadas de dientes, tanto que se podía comer un buey o arrancarle una pierna a un hombre en un instante. Y una de ellas, no recuerdo cuál, tenía un aliento tan venenoso que quemaba como el fuego.

Y entonces, uno de los que le habían oído contar aquello (tal vez al despertarse a la mañana siguiente con resaca por el exceso de hidromiel o de malvasía) intentaría acordarse del relato de aquel hombre al que había conocido la noche anterior y que sabía tantas historias y tan fascinantes sobre las criaturas de Oriente: «A ver, ¿cómo era aquel monstruo? Tenía las patas y las garras de un león, la boca llena de unos dientes brutales, el cuerpo muy grande cubierto de escamas, alas enormes y una larga cola como la de una serpiente. Ah, sí, ¿y no dijo también que exhalaba fuego?».

Entonces iría a contarle todo esto a un amigo que se había formado en un monasterio o que había sido un «erudito de Oxford», que exclamaría con aire de lástima: «Pero bueno, mi querido amigo, si eso es un dragón. Puedes leerlo todo sobre ellos en la *Historia natural* de Plinio o en la *Naturaleza de los animales* de Eliano. Y hubo santos que mataron dragones, como Felipe, que mató a un dragón en Hierápolis, además de san Jorge, por supuesto...».

Y no cabe duda de que en los hogares más pobres la gente contaría constantemente las historias tradicionales sobre los dragones, y en los grandes salones y castillos entonarían tal vez trovas y recitarían romanceros sobre el reptil de los Lambton o sobre san Jorge y el dragón; sobre el caballero Tristán y el dragón irlandés, o sobre el dragón del caballero Lanzarote, por no hablar de las historias de otros

santos aparte de san Jorge que mataron dragones valiéndose de medios más milagrosos que él.

Y, por último, si los estudiosos más sesudos se mostraban incrédulos al respecto de los dragones, ¿qué pasaba entonces con aquellos huesos fosilizados que aparecían cada dos por tres en las cuevas? Ciertamente es que en aquellos tiempos nadie sabía nada sobre los dinosaurios, los pterodáctilos y el diplodocus... Y así, la gente creyó en los dragones hasta hace unos trescientos años, y llegados los días en que su existencia real dejó de tenerse por algo aceptado, estos seres ya se habían abierto paso en los poemas..., y no tardarían en regresar a través del mundo de la ficción y la novela.

En este libro sobre los dragones he intentado recopilar tantas historias como fuese posible de entre las más remotas, extraídas de la Grecia y la Roma de la Antigüedad, de la Islandia y la Dinamarca de las Sagas, de Bizancio, de los romanceros medievales, de los cuentos populares y los cuentos de hadas de muchas tierras, para seguir con los relatos literarios, de la mano de Spenser, pasando por E. Nesbit, hasta llegar a Tolkien y Lewis.

No obstante, hay muchas más historias de dragones escritas en tiempos más modernos y que podemos leer, y no solo relatos cortos —E. Nesbit escribió todo un *Libro de dragones* del que solo he incluido uno aquí—, sino también obras más extensas que estropearíamos si les arrancáramos sus dragones para ofrecerlos por separado.

Tenemos *El dragón perezoso* de Kenneth Grahame, el más famoso de los dragones modernos, cuya historia era demasiado larga para incluirla en este libro. Pero es muy fácil encontrarla en muchas ediciones de cuentos modernos, o en su ubicación original en *Días de ensueño*.

Y también tenemos el formidable combate entre el dragón de fuego y el dragón de hielo en *El príncipe Prigio* de Andrew Lang; o el relato de *Egidio, el granjero de Ham* de Tolkien, que trata en gran medida sobre un dragón, o tam-

bién su magnífico Smaug, el dragón del norte, en *El hobbit*; o ese dragón mío que goza de un importante protagonismo en *El maravilloso desconocido*. Y tenemos el inesperado dragón de *La travesía del Viajero del Alba* de C. S. Lewis, al que tendrá que ir a conocer a su propia cueva todo aquel que sienta interés por los dragones...

Cabe al menos esperar que —después de leer este libro— ninguno seáis como el Eustace del cuento de Lewis antes de sus experiencias con el dragón:

Edmund, Lucy o tú lo habríais reconocido al instante, pero Eustace no había leído ninguno de los libros apropiados. Lo que asomó de la cueva era algo que jamás se había imaginado siquiera: un hocico largo del color del plomo, unos ojos rojizos y apagados; sin plumas ni pelo, un cuerpo largo y ágil que iba dejando un surco en el suelo, las patas con unos codos que le sobrepasaban la altura del lomo, como las de una araña, unas garras brutales, las alas de un murciélago que raspaban ruidosas contra las piedras, metros de cola. Y dos hileras de humo que surgían de los orificios nasales. En ningún momento se dijo para sí la palabra «dragón».

PRIMERA PARTE

**DRAGONES
DE LA EDAD ANTIGUA**

Jasón y el dragón de la Cólquide

Hace mucho tiempo, vivió en las bellas tierras de Grecia un príncipe llamado Jasón. Con el fin de recuperar el trono de su padre en el reino de Yolco, aquel príncipe partió en busca del vellocino de oro y surcó las aguas de mares desconocidos a bordo de la nave Argo con muchos de los jóvenes príncipes y héroes griegos por compañeros.

Tras numerosas aventuras, Jasón y los argonautas llegaron al Fasis, el río rojo que descendía del Cáucaso para desembocar en el mar Negro, y llegaba hasta la ciudad de la Cólquide, donde reinaba Aetes el Mago.

El vellocino de oro colgaba de un gran árbol en un bosquecillo rodeado de un alto muro a la espalda del palacio, y en aquel árbol se enroscaba un inmenso dragón que nunca dormía.

El rey Aetes saludó con cortesía a Jasón y a sus compañeros y los recibió en el palacio, pero cuando Jasón le contó cuál era el motivo de su llegada, Aetes sonrió con un gesto sombrío y le dijo:

—Siempre supe que algún día vendrían los griegos en busca del vellocino de oro, puesto que en verdad llegó a nosotros desde Grecia en los tiempos de mi padre... Sí, te puedes llevar el vellocino de oro si es que los dioses así lo desean... Y para poner a prueba si eres o no el elegido que se lo ha de llevar, tendrás que uncir mis toros al arado, sembrar las semillas que yo te daré y recoger la cosecha que de inmediato crecerá del terrazgo. Lo harás todo mañana. Esta noche celebraremos un banquete.

Al oír esto, Jasón se quedó muy preocupado, ya que los dos toros de pezuñas de bronce que tenía el rey Aetes exhalaban un aliento de fuego, y Jasón había oído que las

semillas que tendría que sembrar eran dientes de dragón, que darían una cosecha de hombres armados.

Sin embargo, los dioses de los griegos estaban de su lado, y en particular lo estaba Afrodita, la diosa del amor, que vertió su magia sobre Medea, la hija del rey Aetes, de tal modo que la joven y tenebrosa hechicera se enamoró tan perdidamente de Jasón que no hubo nada en el mundo que le importara más que hacerlo su esposo.

Y así, cuando terminó el banquete, vino Medea silenciosa en mitad de la noche hasta donde se encontraba Jasón sentado con la cabeza apoyada en las manos, pensando y tramando la manera de someter a los toros... o la manera de robar el vellocino de oro y huir de la Cólquide antes de que rayara el alba.

Alzó la mirada y vio allí de pie a la bella princesa de la Cólquide, de ojos y cabellos oscuros, que lo estaba observando. Y el amor que había en los ojos de ella prendió en él tal deseo que se puso en pie muy despacio y, sin mediar palabra, extendió los brazos hacia la joven.

Pasados unos instantes, Medea lo apartó de sí y le dijo:

—Príncipe Jasón, por el amor que siento por ti, te ayudaré a uncir los toros de pezuñas de bronce, a sembrar el surco mortal con los dientes de dragón y a recoger la cosecha que crecerá del terrazgo. Por amor a ti te mostraré la manera de llevarte el vellocino de oro de la arboleda de Hécate y la forma de escapar con él lejos de mi padre, que conspira para matarte. Pero, antes de esto y antes de traicionar a mi padre y a mi pueblo, por el juramento más sagrado que conozcan los hombres de Grecia, dame tu palabra de que me llevarás contigo en tu huida, me harás tu esposa y me sentarás a tu lado en el trono de Yolco cuando el Argo arribe por fin de vuelta a las rocosas pendientes del Pelión.

Entonces Jasón juró que se casaría con ella y se obligó por el juramento de la Estigia, la laguna de los muertos, que compromete incluso a los mismísimos dioses.

Después de esto, Medea se dirigió al templo de Hécate, diosa de la hechicería, de la cual ella era la suma sacerdotisa, y allí preparó un ungüento mágico que hizo con el jugo de una flor roja que crecía en lo alto de las laderas del Cáucaso y que procedía de la sangre de Prometeo, el titán que yacía encadenado en la cima de la montaña. Ahora bien, Prometeo era inmortal y descendía de la estirpe de los dioses, de manera que por sus venas corría el icor divino —la sangre de los dioses—, que no se seca ni se ennegrece, como sí hace la sangre, sino que vive y reluce para siempre fresco y carmesí.

Con el primer arrebol del alba, Medea vino de nuevo en busca de Jasón, lo despertó del sueño, le entregó el ungüento mágico y le susurró unas palabras para darle consejo y para prepararlo ante lo que le esperaba.

Cuando se hizo ya el pleno día, llegaron los mensajeros del rey Aetes para llevar a los argonautas al campo donde Jasón había de sembrar los dientes de dragón, y el príncipe griego accedió de buen grado después de haberse ungido el cuerpo entero con el ungüento mágico, recordando todo aquello que Medea le había contado.

Cuando liberaron del establo a los toros de pezuñas de bronce, los animales cargaron contra Jasón exhalando fuego por los ollares.

Cuando todos se volvieron, vieron a Jasón calcinado por el fuego, pero las llamas se desviaron de la sangre inmortal de Prometeo, y Jasón sujetó sin problemas a los toros, los unció y no tardó en arrearlos, terrazgo arriba y abajo, por los surcos del suelo húmedo en unas largas franjas de hierba que se volteaban bajo la reja de bronce del arado.

Aetes frunció el ceño en un gesto de furia, y los argonautas jalearon a Jasón cuando terminó de arar y pidió las semillas que había de plantar.

Sin mediar palabra, el rey le entregó un gran yelmo de oro. Con los temblores de su ira, hacía un ruido que parecía